

utilidad espiritual de la exégesis para el lector de la Biblia, relación entre la interpretación bíblica y la disciplina eclesiástica, pervivencia de algunos valores de la cultura clásica en la exégesis cristiana, escenas bíblicas plasmadas en el arte paleocristiano. La importancia de la interpretación de las sagradas escrituras y de tradiciones autorizadas que este libro quiere poner de relieve no se circunscribe tan sólo al cristianismo antiguo, ya que el judaísmo, el maniqueísmo y el neoplatonismo contemporáneos también son tenidos en cuenta; además, la tarea exegética realizada ya no en ambientes religiosos, sino seculares —la jurisprudencia llevada a cabo por los emperadores y la exégesis como método pedagógico empleado en las escuelas de retórica y de filosofía— ilustra el papel relevante que en la antigüedad tardía desempeñó la hermenéutica para configurar varios aspectos de la vida civil, religiosa, cultural y educativa de la época.

Sin duda, este libro-homenaje constituye una contribución importante a los estudios de historia de la exégesis y seguramente servirá de «estímulo» a que jóvenes investigadores sigan los pasos marcados por el Prof. Dassmann.

Marcelo MERINO

VV.AA., *Cristianismo y culturas. Problemática de inculturación del mensaje cristiano*, Actas del VIII Simposio de Teología Histórica, Facultad de Teología San Vicente Ferrer («Series Valentina», 37), Valencia 1995, 555pp.

Ni de la portada, ni de las primeras páginas del libro, ni tampoco de la presentación que Salvador Castellote realiza del VIII Simposio de Teología Histórica de la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia se desprende con exactitud en qué fechas tuvo lugar. Sólo se indica en esa presentación que el Simposio se clausuró un día 22, sin precisar el mes ni el año. Eso sí, la conferencia de apertura, pronunciada por el Decano de la Facultad de Teología, Juan José Garrido Zaragoza, está fechada el 20 de febrero de 1995, con lo que la perplejidad que el lector siente desde el comienzo desaparece cuando lee en la página 15, final de la conferencia de apertura, esta exacta datación que al principio no hallaba. Este Simposio se celebró, pues, en Valencia del 20 al 22 de febrero de 1995.

Se aborda aquí un tema de gran actualidad en el ámbito teológico y pastoral, el de la inculturación de la fe, desde una perspectiva histórica, ya que tanto las seis ponencias como las comunicaciones se agrupan por etapas cronológicas de la historia de la Iglesia.

La primera ponencia, pronunciada por Juan Miguel Díaz Rodelas (Facultad de Teología de Valencia) y titulada «El Evangelio de Jesús en su contexto cultural», se circunscribe al siglo primero. Aquí se analiza la predicación del Reino de Dios por parte de Jesús (parábolas reveladoras del misterio del Reino y signos o milagros portadores de una carga cristológica) y la transmisión del Evangelio por obra de los Apóstoles, que realizaron una necesaria adaptación del mensaje de Jesús para llevar a cabo la evangelización. Al discurso del Apóstol Pablo en el areópago de Atenas (Hech. 17, 22-31) se le

confiere un gran valor paradigmático en la tarea de inculturación de la fe. Por todo ello, aun siendo verdad que los escritos del Nuevo Testamento se hallan insertos en su mundo y en los esquemas culturales de ese mundo, en ellos aparece claramente la singularidad del Evangelio de Jesús y su carácter exclusivo en orden a la salvación; por eso, el mismo Jesús habla de «irrupción del Reino», San Juan recalca el conocimiento de la luz y de la verdad y San Pablo predica la superación de los tiempos de la ignorancia. La conclusión de Díaz Rodelas es convincente: cualquier presentación del mensaje cristiano que prescinda de alguno de sus componentes está abocada al fracaso.

La segunda conferencia, a cargo de Giovanni Maria Vian (Universidad de Roma «La Sapienza»), versa acerca del «Cristianismo y culturas en la época patristica». El ponente insiste en que el cristianismo no es cultura, sino subyacente a una gran diversidad de culturas. La antigüedad cristiana, por ejemplo, dentro del mismo Imperio Romano, conoció en los siglos II y III dos tradiciones teológicas (la asiática y la alejandrina), cuya raíz diferencial procedía de distintas visiones del mundo presentes en la cultura griega, de tipo materialista estoico para la tradición asiática y de tipo espiritualista platónico para la alejandrina. Vian muestra las principales vías de evangelización en el campo intelectual de la Antigüedad. Los cristianos contaban para ello con un precedente histórico del que se sirvieron como método inculturador: el judaísmo helenizante. En efecto, los cristianos, así como fueron favorecidos en su rápida expansión misionera por la presencia de las numerosas comunidades judías, aprovecharon, al mismo tiempo, los puentes lanzados hacia la cultura pagana por el judaísmo helenístico: muy importantes fueron, sobre todo, la teoría de la anterioridad de Moisés respecto a los poetas y filósofos griegos, y la técnica hermenéutica de la alegoría y de la filología, esta última de origen helenístico, y practicada por el judío Filón de Alejandría en el siglo I con anterioridad al extenso empleo que los cristianos harían de ella. Y, después de pasar revista a los avatares de la apologética cristiana, Vian concluye mostrando aquellos ámbitos en que los teólogos del periodo patristico fueron también creadores de cultura.

Eusebi Colomer (Centre Borja de Barcelona) trata en la tercera ponencia de «La apologética cristiana medieval», dirigida a judíos y musulmanes, y fija particularmente la atención en el pensamiento apologético de Ramón Martí (1230-1286) y de Ramón Llull (1232-1316). Después de describir minuciosamente el clima cultural en que estos dos personajes vivieron, Colomer señala que Martí anticipa los pasos de Llull, pero siguiendo un camino divergente, pues esboza un modelo apologético que constituye en cierto sentido el reverso de aquel. Ambos teólogos, dominico el primero y franciscano el segundo, vivieron intensamente la recepción de la filosofía aristotélica en el Occidente cristiano y respondieron de manera diferente a este reto. Martí abandonó su anterior agustinismo y adoptó una nueva técnica histórico-exegética (situar las fuentes musulmanas y judías en su contexto literario), que concluía en una argumentación racional por la que no se daba razón de las verdades de fe cristiana, sino que se limitaba a refutar los errores y las objeciones del adversario. Llull, en cambio, no sólo prescindió de la nueva técnica dominicana, sino que, instalándose en el agustinismo, esbozó también un curioso modelo apologético. Llull, en una actitud más positiva que Martí, no pretendía refutar al interlocutor infiel, sino ayudarlo a entender lo que el cristiano en su fe cree; en vez de situar al adversario a la defensiva, Llull le regalaba la ofensiva y le ofrecía la oportunidad

de tomar parte en una dialéctica racional, cuyo contenido concreto no era otro que la penetración especulativa del contenido dogmático del cristianismo. Colomer, después de señalar algunos elementos débiles de la argumentación apologética de Llull, recalca su genialidad y también su modernidad, pues su pretensión no fue otra que poner de manifiesto la «lógica» interna de la fe cristiana en Dios.

La cuarta ponencia, leída por Juan A. Tudela Bort (Facultad de Teología de Valencia), lleva por título «Modernidad y cristianismo: la encrucijada del sujeto». Aquí se plantean ya perspectivas propias de la filosofía moderna y contemporánea: la razón y el sujeto en su confrontación con la revelación. Una vez recordados sucintamente planteamientos ya clásicos de filósofos como Descartes y Kant (consistencia de la razón autónoma y confirmación del sujeto), el ponente constata que este modelo de razón se ha agrietado en la filosofía contemporánea. Así, Husserl abre la posibilidad de considerar el sentido desvinculado de lo objetivo y abordar genéticamente el fenómeno; Heidegger prepara el terreno para una fenomenología de lo no visible que se deja notar y se anuncia en lo otro sin manifestarse a sí mismo, línea ésta que prolongará la hermenéutica. Así pues, aplicando estos presupuestos filosóficos a la teología, en el acontecimiento de la revelación Dios se deja notar y un sujeto acoge: la transcendencia, al darse a conocer, se mueve en lo humano y no ahorra la interpretación. Apoyado en pensadores como Levinas y Ricoeur, concluye Tudela Bort que el sujeto, interpelado por Dios que revela, atestigua el Infinito. Este testimonio, de suyo subjetivo, da algo a interpretar, pero a su vez apela la interpretación, pues el testimonio pide ser interpretado en razón misma de la dialéctica del sentido y del acontecimiento que lo atraviesa. Esta conferencia pone, por tanto, de manifiesto las posibilidades, verdaderamente complejas, que la subjetividad propia de algunos sectores de la filosofía contemporánea, tal y como es presentada por Tudela Bort, abre a una teología de la revelación.

La quinta ponencia analiza «La nueva toma de conciencia de “catolicidad” de la Iglesia en el Concilio Vaticano II». Adolfo González Montes (Universidad Pontificia de Salamanca) traza primeramente la trayectoria histórica de la teología de la catolicidad de la Iglesia como nota distintiva de su eclesialidad y describe la controversia católico-protestante a propósito de la verdadera Iglesia, para pasar a la formulación doctrinal del Vaticano II sobre esta cuestión: los grados de catolicidad según la *Lumen gentium*, las relaciones entre la Iglesia Católica y otras Iglesias cristianas. El Vaticano II supone un cambio con respecto a la idea preconiliar, según la cual se daba una identidad absoluta entre Iglesia de Cristo e Iglesia Católica, ya que el actual diálogo ecuménico da por hecho que todas las iglesias cristianas reconocen en las otras elementos de la verdadera Iglesia. A este cambio de comprensión de la relación entre iglesias como iglesias hermanas ha contribuido decisivamente el concepto eclesiológico de *communio*. Esta conferencia ofrece también un interesante resumen histórico del diálogo ecuménico en los últimos años.

La sexta ponencia aborda un problema crucial: «El cristianismo de hoy ante un mundo pluricultural». Lluís Duch (Abadía de Montserrat) analiza, en primer lugar, la situación cultural de la sociedad contemporánea (crisis de la modernidad, postmodernidad, crisis de la idea de progreso, individualismo, pluralismo ético, ecologismo y feminismo,

desprestigio de la política) y el proceso de desinstitucionalización del Estado con la consiguiente pérdida de la tradición y de la memoria histórica, acompañada de una crisis pedagógica y de empobrecimiento lingüístico-léxico en las generaciones más recientes. Todo ello, aunque en principio implique una pérdida de conciencia religiosa en la sociedad, no impide, sino que, por reacción, fomenta que surjan dos respuestas de carácter religioso: la nueva era (*new age*) y los fundamentalismos. Duch describe, a continuación, la actual situación del cristianismo y propone sugerencias para entablar un diálogo entre la Iglesia y el mundo actual; entre éstas Duch destaca la característica del cristianismo como religión de la alteridad y la fecunda historia de la santidad cristiana, de modo que el diálogo interreligioso, concluye Duch con acierto, o es una verdadera experiencia espiritual o no es nada. (Y yo me permitiría añadir que incluso el diálogo Iglesia-mundo y fe-cultura o es una experiencia espiritual o no es nada). Otra de las sugerencias propuestas en esta conferencia apunta a resaltar el carácter simbólico de la religión portadora de una praxis comunicativa que mantiene y nutre la comunidad y la comunión.

A las seis ponencias siguen veintinueve comunicaciones, que profundizan, desde un enfoque más concreto y monográfico, en los temas expuestos en cada una de las conferencias. El volumen concluye con la presentación de una innovación que se introdujo, acertadamente por cierto, en este Simposio: la presencia de artistas que expusieron sus obras de arte en los recintos de la Facultad. Además, el último día del Simposio tuvo lugar, tras la lectura de las comunicaciones sobre el tema «Arte y culturas», una mesa redonda sobre «Iglesia y arte ante el mundo moderno». Se trata ciertamente de una idea muy atinada, por cuanto es necesario lograr una pronta y eficaz reconciliación entre arte y religión en el mundo moderno.

Este Simposio se caracterizó, pues, no sólo por el completo análisis histórico de los modelos de inculturación en el pasado histórico de la Iglesia, sino también por el esfuerzo de sugerir vías de diálogo intraeclesial (ecumenismo) y extraeclesial (comprensión de los valores positivos de la cultura actual) para mejorar las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno.

Albert VICIANO